

## LA LEY ATICA DE 375/4 a. C. Y LA POLITICA ATENIENSE

DOMINGO PLACIDO

En el año 1974, publicó Ronald S. Stroud en la revista *Hesperia* la *editio princeps* de una ley hallada en el ágora ateniense relativa a la circulación de monedas de plata acuñadas en la ciudad, y claramente datada en el año ático 375/4 a. C.<sup>1</sup>. La ley reviste gran interés para la investigación histórica de la época y ofrece estímulos para intentar dar de ella una interpretación que ayude a comprender los acontecimientos que se desarrollaron en torno al año 375/4, e incluso a profundizar en el funcionamiento de la economía ateniense.

El propósito de la ley, enunciado en líneas 3-4, es hacer que se acepte la moneda ática de plata que lleve la marca pública (*demósion charaltêra*). El *dokimastês* —esclavo público— es el encargado de dar su garantía, de devolver las monedas que provengan de otro lugar y lleven el *charaltêr*, y de confiscar, señalar y guardar en el templo de la Madre de los Dioses las monedas que carezcan de la ley adecuada (líneas 5-13). La labor del *dokimastês* es supervisada por los *syllogeîs toû démou* (línea 15), y *al que no aceptè la moneda garantizada* se le confisca la mercancía del día (líneas 16-18). La denuncia, si se trata de mercaderes de grano, se realiza ante los *sitophylakes* (línea 19); si es en el ágora o en cualquier otra parte de la ciudad, ante los *syllogeîs* (línea 20); si en el emporio o en el Pireo, ante los *epimeletai toû emporiou* (líneas 21-22), salvo que se trate de grano, en cuyo caso también se ha de acudir a los *sitophylakes* (línea 23). Cuando el asunto no supere las diez dracmas, los mismos magistrados se encargan de conocerlo; si las supera, hay que llevarlo al *dikastêrion* (líneas 23-26), donde los *tesmôtetas* sortean un jurado, encargo de absolver o imponer una multa de ? dracmas, de la que se da la mitad al denunciante (líneas 26-29). Cualquiera puede también denunciar al magistrado que no actúe de acuerdo con la ley (líneas 32-34). Para que también haya *dokimastês* en el Pireo, para tratar con los *naúkleroî, émporoi* y demás, la *boulé* debe comprar esclavos públicos (líneas 37-39). El precio lo establecen los *apodéktai* (línea 40). Y son los *epimeletas* los encargados de que la ley se dé a conocer en la estela de Posidón y se aplique igual que en la ciudad (líneas 41-44). Los *poletas* contratan las estelas. El *dokimastês* recibirá su paga de la misma fuente que los *argyrokópoi* de las cecas (líneas 54-55).

Además de la magnífica edición, con conjeturas que en principio no ofrecen dificultades ni despiertan desconfianza<sup>2</sup>, Stroud realiza un amplio comentario del que

por el momento resaltaremos aquellos aspectos institucionales que tendrán trascendencia para nuestra ulterior interpretación:

Aparición de los nomótetas en el encabezamiento de la ley, sin mención de Boulé y el Demos, que haría de nuestra ley el primer testimonio epigráfico de la aplicación del decreto de Tisámeno<sup>3</sup> en 403/2, comentado por Andócides, I «*Misterios*», 81-87. Con ello se daba un nuevo giro a la actividad legislativa en la democracia ateniense<sup>4</sup> en que el papel de los nomótetas es progresivamente independiente del resto de las instituciones legislativas, y por ello su función aparece más evidente a partir de 353/2 y sobre todo en la segunda mitad del siglo<sup>5</sup>.

La conservación de las monedas confiscadas en el templo de la Madre de los Dioses parece ser una innovación de la ley, dado que en los tiempos anteriores tales confiscaciones se conservaban en el Hecatómpeon. Pero es posible que en el siglo V las monedas falsas fueran almacenadas en el Metroon, por lo que podría conjeturarse que los nomótetas estuvieran restaurando un procedimiento del siglo V caído en desuso<sup>6</sup>.

Al mismo tiempo, parece que hay aquí un considerable aumento de la importancia funcional de los *syllogeis*, hasta ahora encargados, al margen de sus deberes sacerdotales<sup>7</sup>, de la supervisión del *misthòs ekklesiastikós*. A partir de ahora aparecen ofrecimientos suyos de coronas honorarias a los dioses, y entre ellos una dedicación a la Madre de los Dioses<sup>8</sup>.

Entre los magistrados encargados de la vigilancia del cumplimiento de la ley, el mercado de cereales recibe un trato especial, al adjudicarse la recepción de las denuncias a los *sitophylakes*, magistrados específicamente dedicados a la vigilancia de este mercado. Al mismo tiempo, aparece claramente por primera vez la evidencia de la actuación independiente de tales magistrados.

Con respecto a los *epimeletai tou emporiou*, no sólo ven aumentadas sus funciones, sino que se hace remontar la fecha de su existencia que, según la hipótesis tradicional<sup>9</sup>, había que situar en fecha posterior a los *Póroi* de Jenofonte<sup>10</sup>.

Los magistrados denunciados por su incumplimiento de la ley serán juzgados por la *boulé*, sin mencionarse siquiera la posibilidad de *éphesis* (Aristót., *AP.*, XLV, 2), de lo que parece deducirse una nueva etapa en el reforzamiento de los poderes judiciales de la *boulé* frente a los tribunales de la Heliea<sup>11</sup>. Se daría mayor rapidez en el cumplimiento de la ley por medio de esta exclusividad<sup>12</sup>, pero se perdería control democrático.

Stroud<sup>13</sup> insiste en la frecuente aparición de la pareja naucleros y émporos que son objeto del servicio del *dokimastés* en el Pireo (en líneas 37-38).

La ley termina estableciendo su propia supremacía sobre todos los *psephismata* que puedan contradecirla<sup>14</sup>. Como al principio, el final insiste en la superioridad de la labor de los nomótetas por encima de los «decretos» *votados* propios de la democracia ateniense.

De las líneas 16-18, en que se priva de la venta del día a los que no acepten la moneda garantizada, deduce Stroud que la ley va dirigida a los vendedores de poca monta de los mercados atenienses<sup>15</sup>, que estarían rechazando las monedas con la acuñación de la ciudad. Sin embargo, la presencia de los *epimeletai tou emporiou*, cuyas funciones, al margen de la expresada en la ley, eran la supervisión general del mercado del Pireo y la competencia judicial en los problemas de la importación del grano<sup>16</sup>, así como la referencia a los *naúkleroi* y *émporoi*<sup>17</sup> en líneas 37-38, parece indicar que *también* se refiere al comercio en gran escala y a los abastecedores del puerto del Pireo, al margen de la referencia específica a los *sitophylakes*, cuya función

está relacionada con el abastecimiento de trigo, uno de los problemas básicos de la economía ateniense de la época. No debe de tratarse, pues, simplemente, de un problema de comercio de pequeña escala.

Estamos de acuerdo con Stroud<sup>18</sup> en que la base fundamental de la ley se encontraba en la paradoja de que los atenienses vieran rechazada en su propio mercado la moneda de plata que tan prestigiosa había sido<sup>19</sup>.

Sin embargo, para él, el rechazo se debería a un temor generalizado a las falsificaciones (p. 185), y busca las condiciones históricas que podían favorecer tales falsificaciones (pp. 186-7). Además de la existencia del *dokimastés* como parte importante de la ley y de su función como garante de la buena moneda, utiliza algunos datos históricos, de los que, entre los más próximos en el tiempo a nuestra ley, podemos destacar el texto de Demóstenes, XXIV, 214: «muchas de las ciudades, incluso claramente, sobreviven haciendo uso de una moneda de plata (ἀργυρῶν) mezclada con cobre y plomo», que poco antes (212) se ha referido a leyes sobre falsificaciones desde tiempos de Solón, y en XX, 167, especifica: «si para los que falsifican monedas, entre nosotros la pena es la muerte...»; la misma dificultad de la tarea propia del *dokimastés*, tal como aparece descrita en R. Bogaert, *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leiden, Sijthoff, 1968, pp. 316-318: la complejidad de las falsificaciones hacía complicada la labor de los *dokimastai*; algunos datos epigráficos, entre los que cabe destacar el inventario del Hecatómpeon (IG, II<sup>2</sup> 1288B) del año 398/7, y el más próximo de 376/5 (IG, II<sup>2</sup> 1445). Se trataría de monedas recubiertas de plata ocultando un fondo de mala calidad.

Desde finales de la guerra del Peloponeso, seguramente como consecuencia de la ocupación espartana de Decelia, la fuga de esclavos y el consiguiente descenso de la producción minera de Laurio<sup>20</sup>, aparecen emisiones áticas que Chester G. Starr<sup>21</sup> considera recubiertas, pero que en cambio Adalberto Giovannini<sup>22</sup> considera emisiones rebajadas, no recubiertas con ánimo de falsificación, sino con valor pobre pero reconocido<sup>23</sup>. Esta sería la moneda que en *Ranas*, 717 ss. Aristófanes, en el año 406, compara con los malos políticos frente a los buenos de antes, comparables a los nobles. Pero tal emisión sería desmonetizada (año 392), como se ve en *Asamblea*, 821-2: «el heraldo anunció que no aceptáramos ya ningún cobre; que usemos plata». Este tipo de operación monetaria sería el realizado en Clazómenas (Aristót., *Ec.*, II, 16b = 1348b) y en otras ocasiones citadas por el *Económico* atribuido a Aristóteles. Como ejemplo más próximo estarían las medidas de Timoteo en 364<sup>24</sup>. Este tipo de medidas era muy frecuente en la vida militar, sobre todo cuando se hacía uso de ejércitos mercenarios<sup>25</sup>. En cambio, las monedas de los inventarios citados por Stroud serían para Giovannini falsificaciones privadas<sup>26</sup>. En cualquier caso, todo ello habría que considerarlo como síntoma de una determinada situación –otro sería la misma ley–, más que como *causa* de la ley.

Por otra parte, Giovannini (pp. 191 ss.) rechaza la interpretación dada por Stroud (pp. 168 ss.) de las líneas 8-13, según la cual el *dokimastés* *aceptaría la moneda ática y la que tiene el mismo carácter*. Giovannini interpreta más literalmente: el *dokimastés devuelve*, pero no acepta, ni confisca. El miedo a la falsificación, además, estaría en relación con ello: la baja acuñación de buena moneda ateniense estimularía las limitaciones y, con la confusión creada, se facilitarían las falsificaciones privadas. La ley trataría de imponer la *buena moneda ética* exclusivamente<sup>27</sup>.

Sobre la base de que los atenienses rechazaban las monedas por miedo a las falsificaciones, Stroud, en pp. 185-188, trata de dar una serie de explicaciones que pudieran hacer comprensible la necesidad de Atenas de imponer su moneda, al mismo

tiempo que la frecuencia de las falsificaciones. Por una parte, la reciente recomposición de la Confederación había de tener para Atenas la ventaja de imponer su moneda dentro de las ciudades aliadas, pero tal imposición se contrapondría al espíritu de la Confederación, que garantizaba la autonomía de todas las ciudades; por ello era preciso conseguir la confianza monetaria por otros medios. Además, en el mismo año, aunque con problemas de datación concreta, se firmó una paz con Esparta que parecía responder a problemas financieros atenienses, reflejados también en las dificultades que tuvo Timoteo en sus expediciones de ese mismo año; tal vez podrían verse agravados tales problemas con las acuñaciones con que se podía pagar a los mercenarios en las múltiples expediciones en que participaron atenienses, pagados en moneda de acuñación ática, en las que podía haberse introducido alguna acuñación fraudulenta; también se hace referencia al incendio del Opistódomo, que puede datarse en aquellos años, y que indicaría una situación crítica de la banca que habría llevado a la quiebra a algunos banqueros por lo menos.

Nuestra postura varía con respecto a la anterior. No sólo existía temor a la moneda falsificada. Este era real, y lo prueba la existencia del *dokimastés*, pero no era éste el único caso: era muy frecuente la actividad de tales personajes para cualquier función de cambio, depósitos bancarios, etc., y las falsificaciones privadas están documentadas en otros momentos de la historia ateniense, así como las emisiones reducidas, aunque sea significativo que las atenienses se sitúan en épocas próximas a la de nuestra ley. Lo interesante de nuestra ley es que era necesario establecer castigos, incluso después de que se garantizara oficialmente el valor de la moneda, si ésta no se aceptaba, o sea, que lo que no se aceptaba era la *buena moneda ática*, y la que necesita imponerse por ley es la buena moneda ática. La función del *dokimastés* sería ésta: para poder imponerse tiene que garantizarse públicamente que tal es la moneda impuesta; es la base para dar credibilidad a la ley. El verdadero problema sería por qué podía rechazarse en ese momento la moneda ática garantizada, por qué se daba esa paradoja que mencionábamos antes de que Atenas viera rechazada su antiguamente prestigiosa moneda en su propio mercado y en su propio puerto. Con una nueva variante con respecto a los planteamientos de Stroud y que ya hemos esbozado: el problema no sólo era un problema del pequeño comerciante, de los tenderos; creemos que afectaba a *todo* el comercio del ágora y del Pireo. Es evidente que si se quiere hacer una moneda aceptable, tiene que hacerse para todo el circuito mercantil. Timoteo tuvo que convencer a los *émporoi* de que aceptaran las monedas con que iba a pagar a sus soldados. Sea cual fuera el sector al que se dirigía de manera más directa, si es que había alguno, la ley tenía que hacerse cumplir por todos los que participaran en el comercio ático de la época. Por todo ello, pensamos que pueden servirnos las condiciones generales dadas por Stroud en pp. 185 ss., pero no para entender por qué había falsificaciones, sino para tratar de comprender cuál era la situación que había creado el rechazo de la moneda ática en el mercado. Para ello es preciso tener en cuenta cada uno de los posibles condicionantes en concreto, pero seguramente se hará más fácil la intelección del problema si estos condicionantes se sintetizan en las exposiciones de las condiciones históricas generales, y económicas en particular, de la Atenas de la época.

La exposición realizada por Stroud (p. 186) de las relaciones que pudieron existir entre la segunda confederación ateniense y la ley es válida también desde nuestro punto de vista: las condiciones específicas de la Confederación de las ciudades que se van añadiendo a ella<sup>28</sup> hacían imposible una coacción violenta sobre las ciudades; no había posibilidad de hacer aceptable la moneda ática entre los aliados si

antes no lo era en la propia Atenas. Y es evidente que la aceptación de la moneda por los aliados era un aspecto importante de la formación de la Confederación como lo había sido en la primera Liga de Delos: la acuñación ática era la base del poder del Pireo en el comercio egeo<sup>29</sup>. Al tratar de restaurar las condiciones anteriores a la guerra por medio de la Confederación, se trataría de restaurar al tiempo las condiciones en que se movía su predominio económico, dando curso legal forzoso a la acuñación ática, pero partiendo del comercio interno. En la primera Confederación, Atenas era capaz de imponer la circulación de la moneda ática<sup>29bis</sup>; se trataba de reservar para el estado ateniense, bien provisto de plata gracias a las minas de Laurio, los beneficios derivados de la acuñación necesaria para todo el imperio. En el siglo IV esto no era así, y cabría preguntarse por qué era necesaria tal imposición de la buena moneda ática, por qué podrían rechazarla los aliados en el año 375<sup>30</sup>.

Si ampliamos la perspectiva, de acuerdo con estas características, la liga dirigida por Atenas tampoco tenía poder para imponer lo que desde el primer momento se había definido como *syntaxis*<sup>31</sup>. Tampoco estaba en disposición de forzar al establecimiento de cleruquías<sup>32</sup>, con lo que se impedía otro de los aspectos por los que los atenienses sin tierras sacaban provecho de la existencia del Imperio. Sin tierras que cultivar ni *phóros* no parece que el *dêmos* ateniense sacara un provecho muy definido de la existencia de la Confederación. Todo ello hizo que las cargas de la Confederación se volvieran hacia adentro materializadas en la organización fiscal representada por la *eisphorá*, que afectaba a los ricos y se puso a punto como forma de exacción fiscal prácticamente anual desde 378/7<sup>33</sup>. La falta de protagonismo del *demos* ateniense se refleja también en el papel desempeñado por la Boulé –por encima de *ekklesía*, órgano que controlaba la Liga de Delos–, como órgano intermediario entre la *ekklesía* ateniense y el *synêdrión* de los aliados<sup>34</sup>, al margen de que gran parte de la jurisdicción sobre los problemas de la Liga se dejaba en manos de los aliados o se compartía con ellos<sup>35</sup>. El *demos* no gozaba de ninguna de las ventajas de que habla el Pseudo Jenofonte con referencia a la Liga de Delos. Sin embargo, la insuficiencia de la *pólis* ya se había hecho evidente: Atenas democrática no podía vivir sin Imperio. Sólo que ahora ese Imperio no cumple su función, no es un Imperio.

Otra necesidad de la *pólis* ateniense, derivada de las peculiaridades de su historia económica, es la del suministro de cereales desde el exterior<sup>36</sup>. Las preocupaciones de su política van especialmente dirigidas en ese sentido. Ya en 387, en un decreto de la *ekklesía* referido a Clazómenas<sup>37</sup>, sólo hay preocupación reguladora en lo que se refiere a la *sitagogía*<sup>38</sup>; en la paz de Antálcidas, Atenas consigue conservar Imbros, Lemnos y Esciros, las islas que jalonan la ruta cerealística desde el mar Negro; Bizancio fue miembro fundador de la Confederación y Tenedos fue de los primeros en unirse y se colocó entre los primeros, junto a Quios, en el decreto de Aristóteles<sup>39</sup>. Sin embargo, la actividad militar tiene que continuar en defensa de las rutas: así se interpreta la expedición de Cabrias del año 375<sup>40</sup>, y sobre todo la batalla de Naxos y el levantamiento del bloqueo establecido por Polis<sup>41</sup>. Gracias a ello, Cabrias obtuvo el reconocimiento público por medio de una corona y una estatua<sup>42</sup>, como restaurador de la gloria de la Atenas de la época de Pericles<sup>43</sup>: con ello parecía recuperado el Imperio, cuando no se trataba más que de un aspecto, muy limitado, de él.

Pero como la Confederación no proporciona ingresos y el suministro hay que garantizarlo por las armas, todo esto no significa más que aumento de los gastos militares y, como consecuencia, de la *eisphorá*<sup>44</sup>. Por ello, todas las fuentes coinciden en que la Paz de 375/4 fue acogida con gusto (*hasménos*): Filócoro (*FGrHist.*, 328F151), Diodoro (XV, 38, 2), y sobre todo Jenofonte (*Hel.*, VI, 2, 1), que explica

por qué: porque los atenienses estaban fatigados, entre otras cosas, *chremáton eisphoraís*: los ricos atenienses se veían libres de la *eisphorá*, y además de las liturgias de guerra, sobre todo la trierarquía<sup>45</sup>. Por otro lado, es muy probable que la paz favoreciera el comercio del puerto del Pireo<sup>46</sup>. Y así respondería a los intereses de los que pagaban las *eisphorai* y prestaban liturgias, al mismo tiempo que a los intereses del comercio de los *emporoi*. Pero, por otra parte, con la paz se acabaría con la justificación de la existencia de la Confederación, que se había fundado para evitar la tiranía espartana<sup>47</sup>. Ya la paz misma cumplía con esa misión. Precisamente por ello, la Confederación toma un nuevo giro a partir de este momento, y comienza a identificarse con la Liga de Delos. La paz pasaría a ser el sustento de la Liga, como lo fue la paz de Calias. La justificación de la Liga es la paz, no la guerra. De ahí la importancia del papel de Timoteo. La batalla de Alicía forzó a los espartanos a la paz. Pero Timoteo no sería el iniciador de la paz, sino el que con su victoria modificaría las condiciones de esa paz<sup>48</sup>. Con ello se justificarían los honores recibidos tras la victoria, con los que se equiparó a Cabrias<sup>49</sup> y se asoció su figura a la erección del altar de Eirene<sup>50</sup>. Sobre esta base se reforzó y aglutinó la Confederación, probablemente en la segunda pritanía de 375/4<sup>51</sup>. Con ello se propició también la entrada en la Confederación de nuevos territorios. De la segunda pritanía de 375/4 datan los decretos de alianza de Corcira, Acarnania y Cefalonia que se añadieron ἐς τὴν στήλην τῆν κοινῆν τῷ [ν συμμάχων--] (Tod, n.º 126 l. 14). Todo ello sería principalmente obra de Timoteo<sup>52</sup>, que seguiría así la línea marcada por su victoria de Alicía, tendente a convertir la paz en la justificación del renacimiento del Imperio ateniense<sup>53</sup>.

Este es el modo en que se materializa la conflictividad interna ateniense en lo referente a la Confederación y a la paz. Para unos la paz era el final de las contribuciones de guerra y la garantía de los mercados, para otros es la reposición de la supremacía ateniense. Estos serían los que suelen definirse como el partido belicista. En muchos casos lo eran: se trata de garantizar ingresos y funciones, parcelas de tierra para el demos ateniense. Pero la paz en condiciones de superioridad, que revivificaran las propias del Imperio del siglo V- podría servir para alcanzar los mismos objetivos<sup>54</sup>.

Pero el ejército ateniense se ha convertido en un ejército mercenario, lo que libera del servicio militar al ciudadano y da poderes independientes a las personalidades que ejercen la estrategia, pero acarrea problemas financieros al hacer indispensable el pago de salarios, lo que carga, o bien de nuevo sobre las clases ricas, o sobre los aliados<sup>55</sup>, que se convierten así de nuevo en parte del Imperio ateniense. La tendencia «imperialista» se ve favorecida por esta institución. Ya al referirse a la batalla de Alicía, Jenofonte (*Hel.*, V, 4, 66) dice que Timoteo «hacía venir dinero de Atenas; pues necesitaba mucho porque tenía muchas naves». La paz ofrecía momentáneamente, en este orden de cosas, una ventaja derivada de la iniciativa del rey de Persia<sup>56</sup>: los ejércitos mercenarios quedarían ocupados momentáneamente, al servicio del rey. Pero la realidad ateniense no había cambiado por esto y la presión del demos en un sentido imperialista era la misma<sup>57</sup>. El problema surgió cuando las actividades de este tipo, realidades principalmente por Timoteo, se vieron con dificultades financieras<sup>58</sup>. El resultado fue un círculo vicioso con implicaciones económicas importantes: se necesitaba continuar la lucha imperialista<sup>59</sup>, pero ésta costaba dinero; o el problema revertía en la conflictividad interna ateniense por medio de la continuación de la *eisphorá* (con lo cual acabarían las ventajas de la paz para los ricos) o revertía en la Confederación: en la expedición de 373, Timoteo se ve obligado a pagar ἐκ τῶν κοινῶν συντάξεων<sup>60</sup>. La Confederación, con sus contradicciones, se está convirtiendo

tiendo en Imperio –o en una caricatura del Imperio, porque ahora lo curioso es que la recaudación se hace ¿exclusivamente?– para sufragar los gastos de la recaudación. La paz que estabilizaba la Confederación deja de ser paz para ampliar y consolidar la Confederación<sup>61</sup>. Las contradicciones se manifestaron en las acusaciones contra Timoteo por haber roto la paz de 374<sup>62</sup> y se reflejaron en la conflictividad entre las individualidades sobresalientes de la época<sup>63</sup>. Cuando Timoteo hace de la paz un modo de expansión imperialista, hay sectores que se vuelven contra él para tratar de imponer su propia visión de la paz: hay varios puntos de vista acerca de ella y de sus consecuencias<sup>64</sup>. El concepto de paz como garante de la superioridad se ve contradicho por el de paz como carencia de gastos para los sectores poderosos<sup>65</sup>. La superioridad ateniense y el mantenimiento del sistema democrático se hace imposible sin la colaboración económica de los ricos. La campaña de Timoteo no era más que la continuación de la política hegemónica que se garantizaba con la paz. Era ésta una nueva versión de la paz de Calias<sup>66</sup>, y responde a las intenciones agresivas reflejadas en el *Plataico*: Atenas como «guardián de la paz» (*Panegírico*, 175); pero choca con quienes veían en la paz el inicio de una política de colaboración con Esparta<sup>67</sup>. Esta fue la postura victoriosa y la nueva paz de 371 sería la «Paz de Calístrato» frente a la anterior «Paz de Timoteo»<sup>68</sup>.

En resumen, la Confederación no era suficiente para garantizar el suministro ateniense, era necesario recurrir a la guerra (Cabrias), pero ésta producía un aumento de los gastos y una reacción de quienes pagaban la *eisphorá*, que condujo a la paz; el objetivo era garantizar el suministro y la paz, pero ésta acarreaba problemas para los sectores pobres de la población si no estaba respaldada por la hegemonía; la acción de Timoteo consiguió dar a la paz un aspecto hegemónico, sostenido en ejércitos mercenarios, que a su vez requerían liturgias de los poderosos, lo que produjo una nueva reacción contra Timoteo, que ya antes se había manifestado en la falta de recursos que éste padecía en sus expediciones. Pero frente a la política hegemónica hacían falta otras alternativas.

En un momento de desarrollo del sistema de explotación exclavista como era el período posterior a la guerra del Peloponeso, la guerra entre estados griegos no favorecía precisamente el desarrollo del sistema; la acción bélica, en todo caso, había que enfocarla hacia los pueblos bárbaros. No deja de ser interesante que Ifícrates aproveche su estancia en Egipto para la aportación de esclavos (Diodoro, XV, 42, 5) (incluso desde Naxos?), y que nuestra ley (líneas 39-40) proponga la compra de esclavos públicos; es también interesante que las referencias de Stroud, nota 105, nos remitan a dos textos, Andócides, III, 5, y Esquines, II, 173, en que los autores hacen alabanzar de los períodos de paz que– y precisamente porque– permitieron al estado la compra de tales esclavos<sup>69</sup>. La guerra entre griegos no es la guerra de los esclavistas, por lo menos en Atenas, es la guerra del demos.

Por otra parte, ya hemos hecho referencia, y también Stroud (pp. 186-7) lo considera una posible causa de falsificaciones, a las dificultades creadas por el aprovisionamiento del grano a la ciudad de Atenas. Es éste un problema de gran trascendencia, ya que no se trata sólo de las dificultades que pudieran derivarse de las situaciones bélicas– lo que llevaría en efecto a buscar la solución en la paz–; el asunto es más complicado: hay datos para pensar que es éste un terreno en que, por las especialísimas circunstancias del Atica y de su historia, y sobre todo a partir del final de la guerra del Peloponeso, tuvo lugar un cierto desarrollo de las características de la economía de mercado en la antigüedad. En él se manifiestan por primera vez los efectos de las tensiones entre oferta y demanda, en el conflicto que conocemos gracias

al discurso XXII de Lisias (*Contra los comerciantes de trigo*), datado hacia el año 287<sup>70</sup>. K. Polanyi<sup>71</sup>, ve en la «adquisición de productos lejanos» el elemento constitutivo básico del comercio antiguo. De ahí la protección a la importación. Sin embargo, las necesidades de protección por parte de la actividad de la polis, así como la conflictividad manifiesta en las fuentes citadas, pone en claro el desarrollo relativamente autónomo de la actividad mercantil que entra en contradicción con la estructura misma de la polis<sup>72</sup>: ésta se ve obligada a poner condiciones para el comercio y a establecer vigilantes para que se cumplan tales condiciones, así como a los préstamos referidos a los negocios, condicionados a que se lleven a cabo en el mercado ático<sup>73</sup>. Seager<sup>74</sup> pone de manifiesto la conflictividad subyacente al problema de los acaparadores y la contradicción entre las necesidades importadoras de Atenas y sus intentos de regulación de tal importación, así como las variadas implicaciones que afectan a amplios sectores de la población. Las necesidades comerciales vienen a enquistar un cuerpo extraño en el sistema de la polis tradicional, pero son tales estas necesidades que incluso los más ardientes defensores de esa tradición se ven forzados por la realidad a admitir sus implicaciones<sup>75</sup>, aunque pongan en peligro el sistema de la ciudad antigua. La actividad mercantil reconocida— y criticada por Aristóteles como *chrematistiké* (ver más adelante)— crea condiciones para la disolución de la sociedad antigua, pero se impondrán sus condiciones básicas, apoyadas en la forma de explotación del trabajo esclavo y con el concurso de los poderes exteriores monárquicos que en definitiva acaban con la polis. El mercado hace que la polis entre en contradicción con su propia estructura y es por eso precisamente en el mundo del comercio donde se tiende a liberalizar las relaciones esclavistas<sup>76</sup>. Hopper<sup>77</sup> ve así el papel de la banca en la Atenas del siglo IV: en cierta medida llegó a ser puente entre las primitivas funciones bancarias y la acumulación de capital para un potencial desarrollo de proyectos económicos, pero la normativa (de la que cita Tod, n.º 123, 25-31) impidió que se realizara la transición a los modernos sistemas capitalistas. Matizando más, habría que decir que tal normativa es el modo de defensa de las estructuras básicas de la sociedad antigua.

Otro aspecto importante de la vida económica de estas fechas es el desarrollo del ejército mercenario como forma fundamental de lucha de las ciudades griegas. En cierta medida tal ejército es una primera forma importante y masiva de trabajo asalariado en el mundo antiguo y por ello un factor de desarrollo de la economía monetaria. Quizá sea excesiva la teoría de R. M. Cook<sup>78</sup>, para quien el origen de la moneda puede estar precisamente en el pago de las tropas mercenarias, pero sí parece claro que por lo menos hay ahí un cierto tipo de utilización y de funcionamiento de la moneda y del sistema monetario que refleja un modo distinto de división del trabajo. No deja de ser significativo que sea en la vida militar donde se dan las «estratagemas» económicas citadas anteriormente. El trabajo asalariado se da en la guerra antes que en la paz<sup>79</sup>. Es interesante comprobar que Timoteo, autor de varias de estas «estratagemas», sea un hombre tan íntimamente vinculado a las actividades bancarias y a los problemas financieros<sup>80</sup>. El ejército mercenario será un factor importante en el giro que tomen los acontecimientos como salida a la problemática de la primera mitad del siglo IV: con él se favorecerá el poder monárquico<sup>81</sup>, que en el futuro encauzará las soluciones a los problemas planteados a la polis como consecuencia del mismo tipo de desarrollo que llevó al apogeo de los ejércitos mercenarios. Pero antes de ello creará más bien problemas: véase, por ejemplo, la postura de Isócrates, ya mencionada, o las utopías características del siglo IV, lo que evidencia la imposibilidad de solucionar en

el marco de la ciudad-estado los problemas planteados por mercenarios, comercio, moneda y –tal vez por primera vez en la historia– la producción de mercancías<sup>82</sup>.

Sobre todo esto, Atenas, en los tiempos posteriores a la guerra del Peloponeso, sufre una evidente carencia de numerario, producido por la falta de explotación de las minas. Ya hemos hablado de las diferentes acuñaciones rebajadas o plateadas, según las diferentes opiniones. Pero posteriormente la escasez continúa. La causa suele situarse en la coyuntura económica de Atenas: aumento de la inversión agrícola por parte de los ricos, tras la crisis agraria resultante de la guerra del Peloponeso, miedo a la evidencia económica por parte de los mismos, por temor a las exigencias fiscales y litúrgicas: la *ousía aphanés*<sup>83</sup>, que en cambio se pondría claramente de manifiesto en las inversiones mineras. Tales exigencias fiscales trataban de reemplazar al imperio y sus ingresos<sup>84</sup>, pero disuadían de la inversión minera e inclinaban a la inversión estable y no productiva<sup>85</sup>. En esta situación, parece que la capacidad exportadora ateniense disminuye y no llega a compensar las necesidades de la importación<sup>86</sup>. El único medio de pago era la moneda de plata, tradicionalmente fuerte. Pero ya hemos visto cómo han cambiado las cosas también en este terreno. Los problemas de la minería fueron ya explicados en los antiguos trabajos de Ardaillon y Boeckh<sup>87</sup>: al parecer, desde finales de la guerra del Peloponeso, las minas de Laurio sufrieron un serio frenazo en su explotación, dado que ésta ofrecía menos incentivos que otros medios de inversión así como más riesgos fiscales por la claridad de la ganancia. Con todo, ya Ardaillon<sup>88</sup> supone que hacia 378, con el renacimiento de Atenas, debió de haber también una renovación en la explotación de las minas, quebrada posteriormente por el nuevo estallido de la guerra. También Hopper<sup>89</sup>, sobre la base de las listas publicadas por Crosby (I), relativas al arriendo de las minas por parte de los poetas, de las que la primera se data en el año ático 367/6, pero hace referencia a otra anterior, considera que esta última tiene que caer dentro del período de actividad de Calístrato, que se sitúa entre los años 378/7 y 361; podría corresponder, pues, a los planteamientos políticos y financieros de Calístrato. A este personaje le atribuye Sealey<sup>90</sup> un papel importante en el establecimiento de la paz del año 375/4 basándose fundamentalmente en razones financieras y en su prestigio en este terreno<sup>91</sup>. Cuando Jenofonte, en sus *Póroi*, IV, 28, hablando de las minas que no explotan en serio desde el 413, dice que «se trabajan de nuevo recientemente», Gauthier<sup>92</sup> considera que debe de ser a partir de 377, debido a las necesidades de numerario planteadas por la aparición de la segunda Confederación ateniense. Podemos considerar, pues, que hay un cierto renacer de la explotación minera hacia el año de nuestra ley, relacionado con la política representada por Calístrato. Pero en tiempos de la redacción de los *Póroi* (año 355) los problemas de la explotación minera siguen siendo los mismos casi todas las minas son de explotación reciente y «ahora son más pobres los que se dedican a las minas»<sup>93</sup>.

De algún modo, el ideal de los *Póroi* de Jenofonte se centra en el intento de solucionar los problemas de Atenas, tras el fracaso de la Confederación, en la explotación minera y en la intervención estatal en la vida económica<sup>94</sup>. Esta es incluso su alternativa a la solución imperialista. Su aversión al imperio es obvia<sup>95</sup>. Frente al Imperio y la guerra fratricida, propone la resurrección de los recursos mineros para garantizar el prestigio ateniense. También parece evidente la aversión al Imperio por parte de Calístrato, que, según Teopompo<sup>96</sup>, llamaba *phóros* a la *syntaxis*, seguramente, según se deduce del texto de Teopompo y de su intencionalidad antiimperialista, con el ánimo de atribuir a la nueva confederación las connotaciones negativas que habían llegado a caracterizar al Imperio ateniense del siglo V.

La alternativa de Jenofonte se basaba en el principio de que el valor del dinero/plata difícilmente se altera<sup>97</sup> y la moneda ática tiene tal prestigio que es un medio de cambio que todos los comerciantes aceptarían debido a su valor en cualquier puerto<sup>98</sup>, dado que además la producción de plata es la única que no produce concurrencia<sup>99</sup>, pues la demanda es infinita<sup>100</sup>. Hay que tener en cuenta que todo esto es un programa, que insiste en la necesidad de que la moneda sea firme entre otras cosas protegiendo y garantizando con incentivos el comercio de importación<sup>101</sup>. En efecto, la abundancia de acuñación monetaria, contrapesada con la abundancia de productos en el mercado, y por lo tanto con el éxodo de la plata, no sufriría baja de valor en el mercado, de acuerdo con unas condiciones que podrían ser las del siglo V, y las que en su programa económico quiere volver a establecer Jenofonte (su utopía consiste en que de hecho no cuenta con las condiciones del siglo V para la economía ática); pero las condiciones del 355 son muy diferentes y de ahí que su programa quedara en eso.

Parece claro, por lo dicho anteriormente, que para Jenofonte era conocido un anterior intento de dar nuevo impulso a la explotación de las minas, y que tal intento podría colocarse en la época de Calístrato de Afidna. Más concretamente podríamos relacionarlo con una época de algún modo similar a la que plantea estos problemas a Jenofonte: la época de la paz de 375; y con una política que, también de modo parecido a Jenofonte, plantea una alternativa a la necesidad de que Atenas viva del imperio: seguramente la política de Calístrato de Afidna en contraposición a la de Timoteo. El planteamiento teórico de la medida sería coherente con los planteamientos utópicos que parecían rodear a la paz de 375: con ello Atenas representaba adoptar una actitud hegemónica sin base en la realidad. La utopía llevaría a reforzar la actividad minera como contrapartida a la debilidad de fondo. Pero la realidad se impone: las dos condiciones necesarias para el mantenimiento inalterable del valor de la moneda de plata no se dan: ni hay mercancías de importación suficientes para compensar el aumento de numerario, ni la salida al exterior de moneda ática evita la inflación; Cabrias ha tenido que garantizar poco antes el suministro de cereales por medio de las armas y la moneda ateniense deja de aparecer en muchos mercados de oriente por esa época<sup>102</sup>. La ley se enfrentaría así a una reducción del valor de la moneda de plata, incluso la buena, en el mercado. En consecuencia, la ley corresponde justamente al momento clave en que se produce un aumento coyuntural de la producción de plata coincidiendo con una escasa exportación de la moneda de plata ática y con dificultades en el mercado de importación en el Pireo.

Pero este fenómeno coyuntural sólo puede explicarse dentro de una estructura determinada. Se insiste mucho en el valor estable del dinero y de la plata en la antigüedad, habida cuenta de su economía básica primitiva. Sin embargo, pueden entresacarse datos que sean significativos de ciertos fenómenos propios de una economía relativamente desarrollada. Ya hemos visto el fenómeno del funcionamiento de la ley de la oferta y la demanda; Aristóteles tiende a definir el dinero como algo de valor constante frente a las determinadas mercancías, y así pone como ejemplo la famosa anécdota de Tales como acaparador de grano (*Pol.*, 1259a5-36), pero él mismo es consciente de las posibilidades de alteración, y reconoce que «es lo que más tiende a permanecer, aunque no siempre vale lo mismo»<sup>103</sup>. La economía monetaria tiene que ser para ello un hecho claramente establecido; no sólo como moneda que sirve de intermedio en el intercambio de productos, sino como modo de vida propio e independiente; precisamente en el trigo, hay quienes compran barato para vender caro<sup>104</sup>; y el autor del *Económico* del *corpus* aristotélico caracteriza la economía ética por el hecho de que se compra y se vende (I, 6, 2=1344b31-33). Aristóteles es quien con mayor

clarividencia observó la realidad de la moneda en el estadio económico de su época y quien al mismo tiempo percibió los problemas que podía traer para la sociedad antigua<sup>105</sup>. Las necesidades crean una *chrematistiké* (modo de intercambio D-M-D), en que se compra para vender, que disuelve la *koinonía*. Esta visión aristotélica ha de responder a una realidad<sup>106</sup>. En efecto, dentro del marco de la economía agraria y esclavista, se desarrolla un comercio en que se define el valor de los productos como mercancías y el trabajo asalariado de los mercenarios con el respaldo de la actividad bancaria, con lo que pone en peligro los lazos comunitarios de la sociedad antigua (polis) sin ser capaz de sustituirlos por nada<sup>107</sup>, y que desarrolla en cambio como reacción la ideología representada por Aristóteles.

La manifestación concreta de un fenómeno de este tipo sería la que produjera la reacción representada por la ley<sup>108</sup>. Alternativa conservadora al imperio, manifestada en una ley de funcionamiento minoritario –tesmótetas–, con el posible protagonismo de Calístrato frente a la figura de Timoteo, que proclama la vuelta a la explotación esclavista y a la explotación de recursos internos como la plata; pero que choca con la manifestación coyuntural de la inflación, debida al tipo de intercambios comerciales que se han desarrollado por las necesidades de aprovisionamiento de grano de Atenas, y necesita garantizar su funcionamiento por medio de medidas impositivas en el mercado monetario, cosa que no es capaz de imponer una Atenas falta de capacidad de coacción imperial. De momento se volverá a la postura imperial, pero tras la derrota de la guerra social, Jenofonte volverá a plantear una solución parecida a la que se manifiesta en nuestra ley y en su contexto.

#### NOTAS

<sup>1</sup> R. S. Stroud, «An Athenian Law on Silver Coinage», *Hesperia*, XLIII, 1974, pp. 157-188.

<sup>2</sup> Pocas enmiendas, que se verán en su momento, han tenido lugar hasta la fecha, pero en general no han recibido aceptación.

<sup>3</sup> Citado con desprecio por Lisias, XXX, 28 como destructor de las magistraturas. Georges Dalmeida, *Andocide. Discours*, París, Les Belles Lettres, 1966, nota a I, 83.

<sup>4</sup> Cf. P. J. Rhodes, *The Athenian Boule*, Oxford, Clarendon Press, 1972, pp. 49-50.

<sup>5</sup> La actividad de los nomótetas es vista por G. Glotz, *La cité grecque*, París, Albin Michel (reed.), pp. 337 ss., como un modo de reducción del poder legislativo del demos. Cf. también M. H. Hansen, «*Demos, Ecclesia and Dikasterion in Classical Athens*» *GRBS*, 19, 1978, 127-46; «*Nomos and Psephisma in Fourth-Century Athens*» *ibid.*, pp. 315-330; y «*Did the Athenian Ecclesia Legislate after 403/2 B. C.?*» *id.*, 20, 1979, 27-53.

<sup>6</sup> Stroud, p. 177, n. 77, y A. M. Woodward, «*Treasure-Records from Athenian Agora*», *Hesperia*, XXV, 1956, p. 100.

<sup>7</sup> Cf. Rhodes, pp. 129-130.

<sup>8</sup> IG, II<sup>2</sup> 1257; Stroud, pp. 178-9.

<sup>9</sup> Wilamowitz, etc., y sobre todo L. Gernet, *Droit et société dans la Grèce ancienne*, París, Sirey, 1955, pp. 182-183.

<sup>10</sup> Cf. desde antes, Ph. Gauthier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy, Annales de l'Est, n.º 42, 1972, pp. 154-5, y más tarde, *Un commentaire historique des Poroi de Xénophon*, Ginebra/París, Droz/Minard, 1976, p. 81, n. 13.

<sup>11</sup> Rhodes, p. 162; en p. 147 pone en duda el dato aristotélico.

<sup>12</sup> Stroud, p. 182.

<sup>13</sup> P. 183.

<sup>14</sup> Cf. también Andócides, *Misterios*, 87 y Hansen, «*Did...*», p. 28.

<sup>15</sup> P. 179.

<sup>16</sup> Stroud, p. 181; Aristóteles, *AP*, LI, 4. Gauthier, *Comm.*, p. 81, identifica a los ἐπιμεληταὶ τοῦ ἔμπορου de la ley con τῆ τοῦ ἔμπορου ἀρχῆ de Jenof., *Póroi*, III, 3, con lo que estarían encargados de dirimir cuestiones con los comerciantes exteriores.

<sup>17</sup> Para una matización en el sentido de estos términos, cf. M. I. Finkelstein, «*Ἐμπορος, ναυκλήρος and κἀπλήρος A Prolegomena to the Study of Athenian Trade*», *ClPhil.*, XXX, 1935, pp. 320-336.

- <sup>18</sup> P. 185.
- <sup>19</sup> Cf. en contra, T. V. Buttrey, «The Athenian Currency Law of 375/4 B. C.» en *Greek Numismatic and Archaeology. Essays in honor of M. Thompson*, Wetteren, N. R., 1979, pp. 33-45.
- <sup>20</sup> R. J. Hopper, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, Thames and Hudson, 1979, p. 178.
- <sup>21</sup> *Athenian Coinage 480-449 B. C.*, Oxford, Clarendon Press, 1970, p. 74.
- <sup>22</sup> «Athenian Currency in the Late Fifth and Early Fourth Century B. C.» *GRBS*, 16, 1975, pp. 185-195; seguido por Gauthier, *Comm.*, p. 78.
- <sup>23</sup> Los argumentos en contra de J. H. Kroll, «Aristophanes' πονηρὰ χαλκῶνα. A Reply» *GRBS*, 17, 1976, pp. 329-341, no afectan a la línea de nuestra argumentación.
- <sup>24</sup> Polieno, III, 10, 1; Aristót., *Ec.*, II, 23a=1350a: hizo que los *émporoi* utilizaran una moneda devaluada con que pagaba a sus soldados. Estableció un mercado con monedas de curso forzoso.
- <sup>25</sup> Yvon Garlan, *War in Ancient World: A social History*, Londres, Chatto and Windus, 1975, p. 187.
- <sup>26</sup> Tampoco Hopper (*ibid.*) ve claro el tema de las falsificaciones (*?plain forgeries and satrapal issues*). Para las monedas persas, cf. C. G. Starr, «Greeks and Persians in the Fourth Century B. C. A Study in Cultural Contacts before Alexander. 2. The Meeting of Two Cultures», *Iranica Antiqua*, 12, 1977, pp. 87 ss., con mezcla de características griegas y persas, cuyas mayores emisiones corresponden precisamente a los años 379-373.
- <sup>27</sup> En este sentido, F. Sokolowski, «The Athenian Law Concerning Silver Currency (375/4 B. C.)» *BCH*, 100, 1976, pp. 511-515, propone una enmienda en línea 9: ἔ[κ τῶ νόμο] por ἔ[ἄν καλῶν] con lo que se admitiría la moneda acuñada fuera de Atenas si respondía a un pacto legal. Argumentos en contra en Buttrey, *art. cit.*, p. 40, n. 10; también este autor defiende que en la ley se trata de proteger sólo a la moneda ática frente a la extranjera, y no cree que lo importante sea la falsificación, pero no puedo estar de acuerdo con él en su rechazo de la importancia histórica de la ley y del carácter «dramático» para la economía ateniense del momento.
- <sup>28</sup> M. N. Tod, *A Selection of Greek Historical Inscriptions. II.*, Oxford, Clarendon Press, 1948, n.º 123 y 126-128.
- <sup>29</sup> Starr, *Athenian Coinage...* p. 86.
- <sup>29bis</sup> B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *The Athenian Tribute Lists*, Princeton, University Press, 1939-53, III, D14= Tod, n.º 67, Cf. A. Aymard, *Etudes d'histoire ancienne*, Paris, PUF, 1967, p. 296.
- <sup>30</sup> Cf. M. Amit, *Athens and the Sea. A Study in Athenian Sea-Power*, Bruselas, Latomus, 1965, p. 140.
- <sup>31</sup> Que para algunos autores antiguos no era más que una ocultación de lo que en la Liga de Delos había sido el *phoros*, v.g. Plutarco, *Solón*, XV, 2 ss. y Teopompo, *FGrHist.*, 115F98, lo que sirve de base a la opinión de C. H. Wilson, «Athenian Military Finances, 378/7 to the Peace of 375» *Athenaeum*, XLVIII, 1970, p. 302, que considera que la *syntaxis* ha debido de recaudarse desde el principio, de acuerdo con el postulado del decreto de Aristóteles (Tod, n.º 123, 9-11), que establecía como finalidad fundamental de la Confederación «que los lacedemonios dejen libres y autónomos a los griegos», para lo cual considera el autor que es necesaria la recaudación de dinero.
- <sup>32</sup> Hopper, *Trade...*, p. 149; cf. también Tod, comentario a II, p. 64.
- <sup>33</sup> Glotz, *Cité...* pp. 350 ss. Cf. P. Cloché, *La politique étrangère d'Athènes de 404 à 338 avant J.-C.*, Paris, Alcan, 1934, p. 31; Aymard, *Etudes...* p. 297; Wilson, pp. 320-1. R. Thomsen, *Eisphora: A Study of Direct Taxation in Ancient Athens*, Copenhagen, Gyldendal, 1964, sobre todo pp. 195 ss.; reseña de Brunt en *JHS*, LXXXVI, 1966, 246 s. Cf. Mosse, «Les symmories athéniennes» en *Points de vue sur la fiscalité antique*, sous la direction de H. van Effenterre, Paris, Sorbona, 1979, pp. 31-42, considera obra de Calístrato la reforma de 378/7. No deja de ser interesante reseñar que Thomsen (*cit. supra*) considera que tal reforma consistió en hacer la exacción proporcional en lugar de progresiva.
- <sup>34</sup> Glotz, *Cité...*, p. 341.
- <sup>35</sup> Cf. Tod, n.º 123, 41-46, 51, 63; Rhodes, *Athenian Boule...* p. 152.
- <sup>36</sup> Cf. L. Gernet, «L'approvisionnement d'Athènes en blé au Vème et IVème siècles», *Mélanges d'histoire ancienne*. Biblioteca de la Facultad de Letras. Universidad de París, 25, 1909, pp. 273-385.
- <sup>37</sup> Tod, n.º 114, 17-20.
- <sup>38</sup> Hopper, *Trade...*, p. 81; cf. también p. 71 sobre la preocupación general de todo el siglo IV por la *sitopompía*.
- <sup>39</sup> Tod, n.º 123, 79; Wilson, *Athenian Military...*, p. 314.
- <sup>40</sup> *Id.*, *Ibid.*
- <sup>41</sup> Diod., XV, 34, 3; Jen., *Hel.*, V, 4, 61: «así se transportó el grano para los atenienses». Cloché, *La politique...*, p. 72. Además, gracias a las naves capturadas en Naxos (Dem., XX, 77), se alivió el gasto en construcción de naves, que había cobrado nuevo impulso desde la acción de Esfodrias sobre Atenas (Jenof., *Hel.*, V, 4, 34; Wilson, *Ath. Mil.*, pp. 309-311). El punto de vista de Jenofonte, crítico de la Confederación ateniense, en el discurso de Jasón (*Hel.*, VI, 1, 11-12) es el del contraste entre Tesalia

exportadora de cereales y Atenas importadora; cf. S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Roma-Bari, Laterza, 1974, 4.<sup>a</sup> ed., I, p. 354; Hopper, *Trade...* p. 71.

<sup>42</sup> Demóstenes, XXIV (*Contra Timarco*), 180; Esquines, III, 243.

<sup>43</sup> Anne P. Burnett, C. N. Edmonson, «The Chabrias Monument in the Athenian Agora», *Hesperia*, XXX, 1961, pp. 74-91.

<sup>44</sup> Dado que es necesario que Atenas busque recursos del exterior, pero es imposible en este momento hacerlo dentro de Grecia sin quedar inmersos en una lucha fratricida constante y ruinosa, es curioso constatar cómo empiezan a delinarse soluciones que pretenden la alianza de todos los griegos frente a enemigos exteriores; tal es en cierta medida la orientación que impregna lo que se ha llamado «el gran manifiesto de la Segunda Liga Ateniense» (A. Momigliano, «Sea-Power in Greek Thought» *CR*, LVII, 1944, pp. 1-7, en *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1960, p. 61), el *Panegírico* de Isócrates, hacia el año 380, y la encarnada en la figura del espartano Calicrátidas por Jenofonte en *Hel.*, I, 6, 7; 14. Cf. Mazzarino, *Il pensiero...*, I, 361-2. Sería lo que se puso en práctica con el imperio macedonio, pero a costa de la democracia; en la época de la Segunda Confederación todavía había que contar con la democracia.

<sup>45</sup> Wilson, pp. 325-6.

<sup>46</sup> G. Stroud, p. 186, que no se atreve a establecer relaciones entre la ley y la paz dada la dificultad de datación concreta de ambos hechos aun dentro del mismo año. Yo me inclino por la fecha de J. Buckler, «Dating the Peace of 375/4 B.C.», *GRBS*, XII, 1971, pp. 353-361, que la sitúa a finales del año 375. Cf. Isócrates, VIII (*Sobre la paz*), 21, aunque se refiere probablemente al año 356 (Georges Mathieu, *Isocrate. Discours*, Paris, Les Belles Lettres, 1966, 4.<sup>a</sup> ed., III, pp. 4-5): entre las ventajas de la paz, «veremos que la ciudad recibe el doble de ingresos que ahora y que se llena de comerciantes (*émporoi*), extranjeros y metecos, de los que ahora está desierta». Aunque se trate de un testimonio casi veinte años posterior, es evidente que la guerra dificultaría las relaciones comerciales y las actividades de los *émporoi*.

<sup>47</sup> Cf. Tod, II, p. 69.

<sup>48</sup> G. L. Cawkwell, «Notes on the Peace of 375/4», *Historia*, XII, 1963, pp. 90-1.

<sup>49</sup> Esquines, III, 243.

<sup>50</sup> Nepote, *Timoteo*, II, 3; cf. Jacoby, *FGrHist.*, 328F151, Suppl., Vol. I, p. 524.

<sup>51</sup> Cawkwell, *id. ibid.*

<sup>52</sup> Cf. Jenof., *Hel.*, V, 64; Isócrates, XV, 109; Nepote, *Timoteo*, II, 1; Diod., XV, 36, 5. Para Isócrates, así obligó a los espartanos a hacer la paz. Cf. A. R. Woodhead, «Chabrias, Timotheus and the Aegean Allies», *Phoenix*, XVI, 1962, pp. 258-66, que frente a la importancia dada por Burnett y Edmonson a la acción de Cabrias, resalta la empresa de Timoteo en el aumento del número de aliados.

<sup>53</sup> De ahí la interpretación de que fue precisamente en esta época cuando se erigió la estatua de Calias y se exaltó el mérito de la paz de 449. Esta era a la primera Liga de Delos lo mismo que la nueva paz a la Segunda Confederación. Este es el contexto en que la Paz de Calias se idealiza (¿tal vez se inventa?) para satisfacción de las ambiciones imperialistas frustradas del pueblo ateniense, por medio de algo que se podía parecer externamente a la época de gloria, pero, curiosamente, con algo que en su momento parece no haber sido aceptado del todo (cf. Jacoby, Suppl., vol. I, p. 525-6); J. T. Chambers, «The IV Century Athens View of their V Century Empire», *Parola del Pasato*, 162, 1975, pp. 177-191. Sobre la paz de Calias, R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford, Univ. Press, 1979 (repr.), pp. 126 ss., 487 ss.

<sup>54</sup> Sobre las ventajas y desventajas de la guerra según las clases sociales, cf. Cloché, *op. cit.*, pp. 73-74; en p. 24 cita el discurso de Andócides, III, 36, en que se manifiesta que ante argumentos favorables a la paz como la seguridad de los muros, había quienes decían que «para ellos el alimento no viene de los muros».

<sup>55</sup> Cf. Cl. Mosse, *La fin de la démocratie athénienne*, Paris, PUF, 1962, p. 316.

<sup>56</sup> Cf. Diod., XV, 38, 1, para quien Artajerjes envió embajadores a las ciudades griegas para establecer una *paz común* porque deseaba contar con un ejército mercenario para hacer la guerra a Egipto; dato confirmado por Filócoro, *FGrHist* 328F151; cf. el comentario de F. Jacoby en *Supplementum*, vol. I, pp. 522-3, y la confirmación en Diodoro, XV, 41 ss., cuando se refiere al ataque de Artajerjes a Egipto en 374/3.

<sup>57</sup> Cf. Mossé, *La fin...*, pp. 411 ss.

<sup>58</sup> Cf. Aristót., *Ec.*, II, 23b × 1350a30-b4.

<sup>59</sup> Timoteo y otros estrategos actuaban individualmente de acuerdo con su condición de dirigentes militares semiautónomos, pero también respondían a las presiones del demos (Mossé, *ibid.*). Pap. Ox. 1,3 expresa claramente el sentido social de los belicistas antiespartanos (οἱ πολλοὶ καὶ δημοτικῶς). R. Sealey, «Callistratos of Aphidna and his Contemporaries», *Historia*, 5 (1956), p. 180, niega tal evidencia e insiste en el carácter explosivamente individualista de los políticos atenienses de la época. Cf. también Aristóf., *Asamblea*, 197-198 y Chiara Pecorella Longo, «Eterie» e gruppi politici nell'Atene del IV sec. a. C., Florencia, Olschki, 1971, p. 58.

<sup>60</sup> [Dem.], XLIX, 49; cf. Wilson, *Ath. Mil.*, p. 318. Hacia estos momentos ve Cawkwell, «Notes...», p. 93, el comienzo de la recaudación de la *syntaxis*.

<sup>61</sup> Ya en 387, Atenas había visto frustradas sus aspiraciones a rehacer el Imperio por carencia de

medios económicos, y sus dificultades de aprovisionamiento la habían forzado a firmar la Paz del Rey. Jen., *Hel.*, V, 1, 28; cf. Hopper, *Trade...*, p. 81. Con las dificultades financieras de Atenas era imposible controlar los suministros en tiempos de guerra.

<sup>62</sup> Ps.-Dem., XLIX, 9; cf. Cloché, *La politique...*, p. 76.

<sup>63</sup> Ificrates fue uno de los principales acusadores de Timoteo. Ificrates, a pesar de las peticiones de castigo por parte de Farnabazo, que lo consideraba responsable de una derrota, fue puesto al frente de la flota. Algo había cambiado en Atenas desde la paz con apoyo persa (Diod., XV, 43, 5-6). La situación crítica parece haber sido general, pues fueron los disturbios internos de las diferentes ciudades griegas las que favorecieron las intervenciones contrapuestas de atenienses y espartanos. Cf. Diod., XV, 45.

<sup>64</sup> T. T. B. Ryder, *Koine Eirene. General Peace and Local Independence in Ancient Greece*, Oxford, University Press, 1965, pp. 60-62.

<sup>65</sup> Mossé, *La fin...*, p. 412, ve reflejada esta evolución en la propia figura de Isócrates, en la diferencia de postura existente entre el *Panegírico* y la *Paz*, donde se insiste (46) en el abandono de los mercenarios.

<sup>66</sup> Plutarco, *Cimón*, 13, 5; Cf. Jacoby, com. a 328F151 (*FGHHist*, suppl. vol. I, pp. 525-6) y A. Momigliano, «Un momento di storia greca: la pace del 375 a. C. e il Plataico di Isocrate» *Athenaeum*, n.s. 14 (1936) pp. 3-35.

<sup>67</sup> De ahí, según Momigliano, *ibid.*, p. 24, las diferentes versiones de Nepote y Diodoro con respecto a la paz.

<sup>68</sup> Según R. Sealey, «1. G. II<sup>2</sup>, 160 and the Transformation of the Second Athenian Sea League», *Phoenix*, 11 (1957), 95-111.

<sup>69</sup> Cf. también O. Jacob, *Les esclaves publics à Athènes, Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège*, fasc. XXXV, Lieja, 1928, pp. 9-13.

<sup>70</sup> Cf. Robin Seager, «Lysias against the Corndalers», *Historia*, XV (1966), pp. 172-184, además de otras referencias hechas por M. I. Finley, «Aristotle and Economic Analysis», publicado en *Studies in Ancient Society*, Londres, Routledge and Keagan Paul, 1974, pp. 26-52, p. 39, n. 45, en su argumentación frente a Polanyi, «Aristóteles descubre la economía», en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor, 1976, pp. 111-141.

<sup>71</sup> En *Comercio...*, p. 304.

<sup>72</sup> Sobre las leyes que protegen el aprovisionamiento de grano, cf. A. Jardé, *La formación del pueblo griego*, 2.ª ed., México, UTEHA, 1960, p. 46.

<sup>73</sup> Ps.-Dem., XXXV, 50, y cita de la ley en 51.

<sup>74</sup> *Art. cit.*

<sup>75</sup> Platón, *Rep.*, 371BC y Finley, *Studies...*, pp. 39 y 50.

<sup>76</sup> Cf. los ejemplos de manumisión en el mundo de la banca en A. R. W. Harrison, *The Law of Athens: Procedure*, Oxford, Clarendon Press, 1968, p. 176, y las particularidades de las normas comerciales en el hecho de conceder el libre acceso a tribunales a esclavos y metecos en Elena Perotti, «Esclaves *choris oikountes*», en *Actes du colloque 1972 sur l'esclavage, Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, 163, Paris, Les Belles Lettres, 1974, pp. 54-55.

<sup>77</sup> *Trade...*, pp. 118 ss.

<sup>78</sup> «Speculations on the Origins of Coinage», *Historia*, VII, 1958, pp. 257-262.

<sup>79</sup> K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundriss)*, Madrid, siglo XXI, 1976, vol. I, p. 30.

<sup>80</sup> Cf. Gogaert, *Banques...*, p. 74 y, sobre todo, Ps.-Dem., XLIX (*Contra Timoteo*).

<sup>81</sup> Cf. Cl. Mosse, «Le rôle politique des armées dans le monde grecque à l'époque classique», en J.-P. Vernant, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, Mouton, 1968, p. 226.

<sup>82</sup> Cf. J. Pečirka, «A note of Aristotle's conception of *citi* en ship and the role of foreigners in fourth Century Athens», *Eirene*, VI, 1967, pp. 23-6.

<sup>83</sup> Cf. Hopper, «The Attic Silver Mines in Fourth Century B. C.», *BSA*, XLVIII (1953) pp. 200-4.

<sup>84</sup> Hopper, *Trade...*, p. 179. Cf. también Mossé, *La fin...*, pp. 93 ss.

<sup>85</sup> Cf. Lisias, VII, 4-10, en que se pone de manifiesto el movimiento de compra-venta de tierras, y Jenof., *Enc.*, XX, 22-26, sobre la recuperación de tierras abandonadas; para una descripción general de la situación, cf. Hopper, *Trade...*, pp. 93-107.

<sup>86</sup> Cf. Hopper, *Trade...*, p. 17, R. M. Cook, *Greek Painted Pottery*, Londres, Methuen, 1966, pp. 271-7 y M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, I, pp. 97-8. También Mossé, *La fin...*, p. 124.

<sup>87</sup> Recogidas por Dionysios A. Kounas en *Studies on the Ancient Silver Mines at Laurion*, Kansas, Coronas, 1972.

<sup>88</sup> *Op. cit.*, p. 151.

<sup>89</sup> «Attic...», p. 253, recogido por Mossé, *La fin...*, p. 94, n. 3.

<sup>90</sup> «Callistratos...», p. 192.

<sup>91</sup> Datos de Aristót., *Ec.*, II, 22 = 1350a16-b15.

<sup>92</sup> Gauthier, *Comm. hist.*, p. 161.

<sup>93</sup> IV, 28. Cf. Boech, en Kounas, *op. cit.*, p. 623.

<sup>94</sup> En IV, 14, propone la creación de naves mercantes estatales (Hopper, *Trade...*, p. 108), seguramente como reacción a los problemas que trae el mercado libre para el aprovisionamiento de Atenas.

<sup>95</sup> Cf. Mazzarino, *Il pensiero...* I, pp. 361-2.

<sup>96</sup> *FGrHist.*, II B 115 F 98; cf. Sealey, «Callistratus...», p. 188.

<sup>97</sup> *Póroi*, IV, 10.

<sup>98</sup> III, 2, y Gauthier, *Comm. hist.*, pp. 76-77.

<sup>99</sup> IV, 4; Gauthier, *Comm.*, p. 119.

<sup>100</sup> IV, 8-9; Gauthier, *Comm.*, p. 131; Hopper, «Attica...», p. 247.

<sup>101</sup> III, 4; Gauthier, p. 85.

<sup>102</sup> Rostovtzeff, *cit.*

<sup>103</sup> *Et. Nic.*, 1133b13-14; cf. Finley, en *Studies...*, pp. 38-9.

<sup>104</sup> *Jen.*, *Mem.*, III, 7, 6; *Ec.*, XX, 27-28; Mossé, *La fin...*, p. 111; Hopper, *Trade...*, p. 85.

<sup>105</sup> Cf. Edouard Will, «Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique», *Annales*, IX (enero-marzo 1954), pp. 7-22; «De l'aspect éthique de l'origin grecque de la monnaie», *RH*, 212, 1954, pp. 209-231; y más recientemente, «Fonctions de la monnaie dans les cités grecques de l'époque classique» en *Numismatique antique. Problèmes et méthodes. Actes du colloque... Nancy... 1971...* Nancy, Lovaina. Peeters, 1975, pp. 233-246.

<sup>106</sup> S. Meikle, «Aristotle and the political economy of the polis», *JHS*, XCIX (1979), pp. 57-73.

<sup>107</sup> Will, «Trois quarts...», p. 18.

<sup>108</sup> Con algunos posibles aspectos externos que quisieran reproducir las antiguas costumbres de la época de la grandeza ática, como sería la conservación de las monedas confiscadas en el templo de la Madre de los Dioses. Este aspecto también aparecerá en el Jenofonte de los *Póroi*: se trata de volver a la grandeza ática, y establecer una coherencia entre la apariencia de imperio y la apariencia de una moneda fuerte.